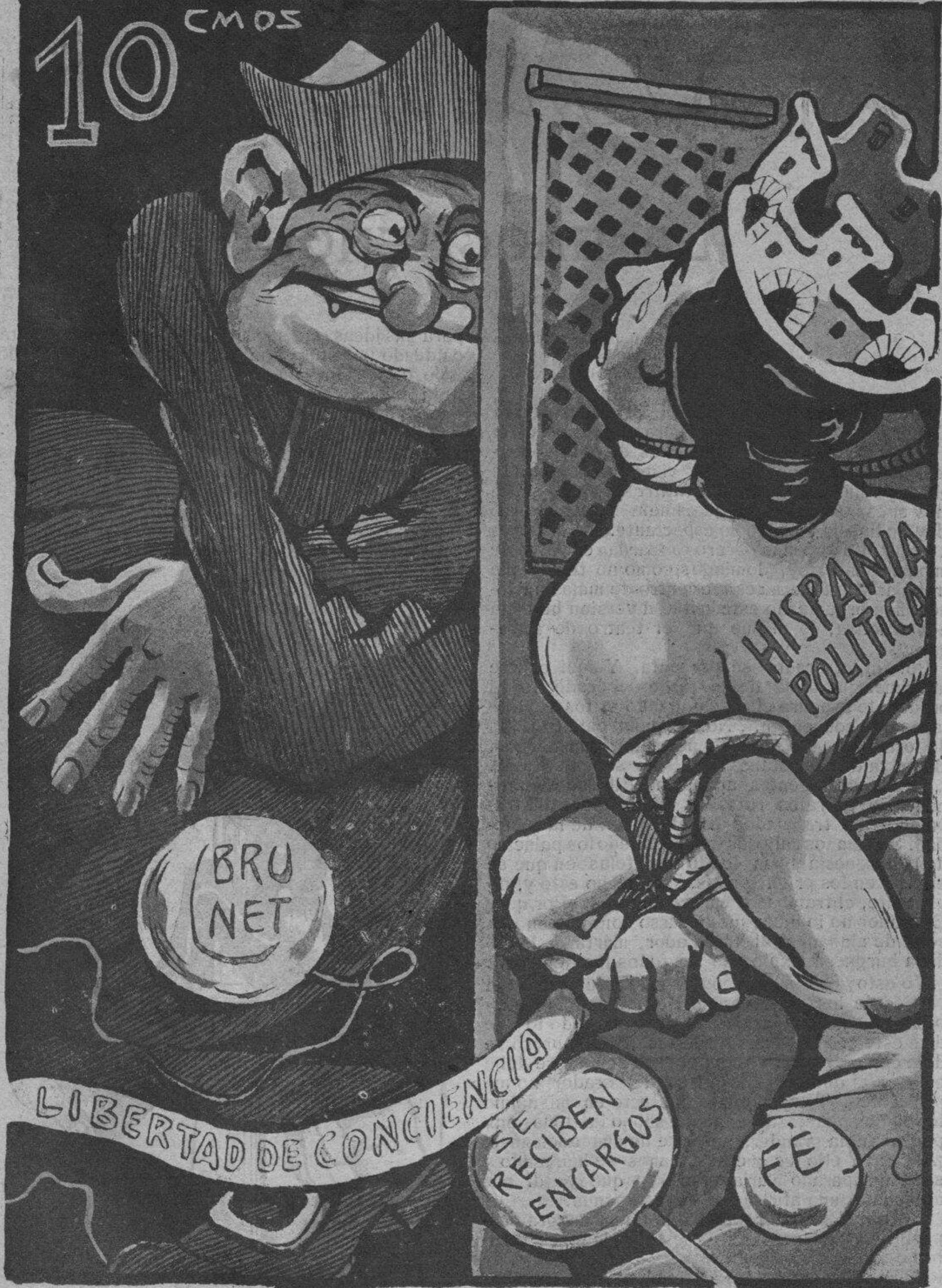


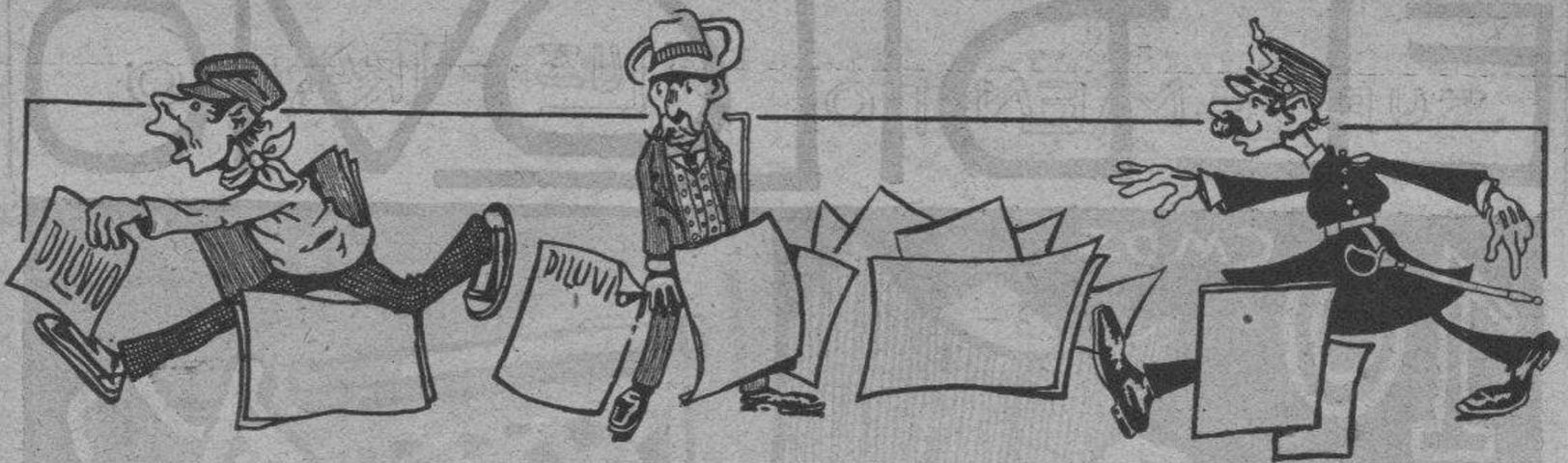
EL DIARIO ILUSTRADO

SUPLEMENTO



VUELTA A EMPEZAR

La humillacion de siempre



LA ELOCUENCIA

Dichosos los animales, que, como no hablan, se entienden.

Mariano José de Larra.

Estamos en el teatro Barbieri. Estaríamos en el Congreso ó en el Ateneo y, para el caso, vendría á ser lo mismo. Aquí el público es de pobres gentes. Toda esta multitud se viste con la honrada blusa y fuma tabaco de á veintitres, que no sabemos si es honrado, pero que huele bastante mal. Hay en la sala un silencio expectante. El orador va á surgir. Los buenos obreros aguardan con algo de impaciencia. Hoy, domingo, como no tenían que trabajar y la taberna es un centro de malas pasiones, han organizado este mitin, diversion honesta é instructiva, lo mismo que el teatro de Eche-garay.

Por fin, el orador se presenta. Y aquí ocurre la primer paradoja de la tarde: el orador no es orador; lo asegura él mismo, dando gritos y puñetazos que convencen... No. España está cansada de oradores: Lo que se necesitan son hechos. Basta ya de charlatanes, que solo saben comer...

Las buenas gentes aplauden. El orador continúa. En párrafos rotundos habla ahora del trabajador. El trabajador es el sosten de la sociedad. Sus manos callosas han levantado los palacios de la burguesía y han tejido las telas en que se envuelven los privilegiados. Han hecho esto y, no obstante, el trabajador carece de todo. ¿Por qué? El orador no lo dice; su discurso continúa en una serie de alabanzas al trabajador, mártir de la codicia burguesa, explotado de todos los tiempos...

Yo estoy confundido con la muchedumbre y el vértigo de los aplausos me lleva á aplaudir también. La cosa es extraña. Yo creo que todo lo que dice este orador son majaderías. Si el obrero se deja explotar y esto es malo, creo que no se debe elogiar al obrero. Los gritos del orador no me persuaden. Tampoco hacen efecto en mi ánimo los recios puñetazos con que salmodia todas sus pausas, ni la grandeza solemne de sus ademanes. ¡Ah, no! Y ello es que mis manos se han unido y se han separado varias veces y que yo dí mis aplausos á una afirmación tan estupenda.

Vereis. El orador que habla tiene un gran aspecto. Su verba ardiente cae sobre la muchedumbre como una voz apocalíptica. En los gestos, en los gritos, en todas las acciones de ese hombre se advierte una fuerza que yo, flaco y pálido, no poseo. Y ese orador, más ignorante que yo, con menos ideas para sus párrafos y con menos arte

para sus ideas, me sugestióna. Este ambiente está caldeado por no sé qué extrañas pasiones. Y, poco á poco, yo siento que mi espíritu se inflama en el bullicioso entusiasmo colectivo. Hay en mí algo que no había cuando he penetrado en el salon.

Mi cerebro sueña los mismos sueños que acaricia esta multitud, con sus ojos absortos y con sus oídos anhelantes.

HISTORIA DE ESPAÑA



Cid Rodriguez de Vivar.

EN EL BAILE

El orador prosigue. Inútil deciros de lo que habla. Desde aquí solo se escucha su ritmo y solo se miran sus actitudes. Entre el humo espeso de los cigarrillos, la figura aparece magnífica, levantando los brazos, alargando el índice acusador hacia un punto invisible, enarcando el busto, golpeando la mesa...

Y ahora me imagino que estoy solo en el salón. ¿Por qué ese hombre me grita de esa manera? ¿Por qué adopta esos ademanes dramáticos para decirme cosas que yo sé de memoria? Ese hombre ¿no podría acaso departir conmigo familiarmente, como se habla en la vida, y no sería un lenguaje sencillo vehículo mejor para sus pensamientos? En ese discurso tan largo, volcado todo él de una vez, ¿qué ilación pueden tener las ideas? Ese hombre debe ser un farfante. Un hombre sincero no se expresa así. Las cosas muy hondas se balbucen; las cosas corrientes se dicen. A gritos y en tales párrafos ampulosos sólo pueden formularse mentiras horribles.

Y me dan ganas de levantarme sobre mi silla para increpar al histrion; pero en tal momento recobro el sentido de la realidad. «Es necesario que nos unamos todos como un sólo hombre — clama el compañero — y que llevemos todos nuestro grano de arena á la obra gigantesca de nuestra emancipación.»

Mis dos manos vuelven á unirse en un vértigo de aplausos.

—¡Bravo! ¡Bravo!..

«Hay que hacer la revolución sin perder tiempo, y vosotros, si no sois cobardes, si no queréis que os maldigan vuestros hijos, debéis reclamar desde ahora un puesto en la lucha.»

Muchos hombres se han puesto en pie. Con ellos, yo.

—¡Viva la Revolución social!—grita una voz.

—¡Viva! ..

Y, ya en la calle, una brisa de estos días de Febrero me orea las sienes y me pone en posesión de mí mismo. Entonces, camino de mi casa, yo pienso que tuve un momento heroico y que tal vez hubiera sido un pequeño héroe de no intervenir á tiempo la autoridad. El valor que no me han dado aún mis ideas ni el arte de mis grandes artistas,



—¿Le gusta á usted el boston?

—Sí, pero es una lástima que vaya cayendo en desuso el vals corrido. A mí me gustan mucho los corridos.

me lo infundió en el teatro Barbieri un orador que no es orador, huero y estúpido como un cómico de barraca.

Acaso para transformar el mundo se necesite reunir á los hombres en manadas y emborracharlos de aguardiente ó de oratoria.

Acaso, también, no valga la pena de transformar el mundo si hemos de continuar siendo el rebaño eterno, incapaz de moverse sin la guía de un pastor...

JULIO CAMBA.

EL PELIGRO BLANCO

Me tranquilicé por completo al oír aquellas palabras que destruían mi credulidad y la ardiente fe con que yo he leído siempre los telegramas de los periódicos, y especialmente *La Tribuna*, cuyas viejas nuevas radiográficas puedo comprobar con el correo á la vista.

El yanki, á quien yo contemplaba con respeto, se reía de mi compungido rostro y repetía entre dientes:

—El peligro... Sí, *the yellow risk*...

Y luego añadió en alta voz: «¿De dónde sacas tú que los japoneses piensen conquistarte? Estos hombres cuerdos y valientes no saldrán de su patria, poblada de seductoras *musumes* y en la que

vive aún la memoria del guerrero de los dos sabres, *the two sworded samurai*. ¿Qué harían aquí, al lado de los rudos españoles? Morirse de vergüenza y de fastidio.»

Yo, que le escuchaba con la sumisión del vencido, no pude contener un ademán de impaciencia. «¡Los rudos españoles!» Y él, ¿era por ventura algo más que un jabalí vencedor, dotado de magníficos colmillos y de grandes buques de combate?

Wild presintió uno de mis belicosos arranques, y para evitarse el trabajo de romperme las narices, repuso en tono conciliador:

—No vendrán, porque tienen todo lo que les falta para ser felices. Disponen de dinero, y si quie-

EN ESPAÑA



Poca urbanidad y mucho garrote.

ren, enviarán á buscar heróicos generales de España, doctos peninsulares y *geishas* que, por cuatro *yens*, bailarán unas sevillanas en presencia de Ito. Las más lindas mujeres de tu país se irían al imperio del Sol Naciente, si se lo mandase en debida forma un *samurai*.

—Es verdad—repliqué amostazado—; pero te olvidas del clima. Ellos no tienen cebollas valencianas, ni conocen el pajarete, que anticipa los goces del cielo. ¡Y vendrán á España! La inundación de los guerreros amarillos devastará nuestros campos y ahogará á nuestras esposas. El torrente de sus denodados generales arrasará las cosechas de cebollas valencianas, y dentro de tres años no podrás beber un vaso de pajarete.

Aquel hombre estóico se sonrió. ¡Qué diantre de americano! Siempre he sospechado que en su corazón no existía la cuerda patriótica.

—Jóven hispano (Wild me designa así familiarmente, aun cuando mi juventud es tan relativa como la de Mir y Miró), amigo Albendare, tú siempre suspicaz é impetuoso. Te aseguro que no verás un solo amarillo por estas tierras. Es un peligro remoto, como el de que se encuentre Martínez Gras con un acta de concejal. Sabe que los amarillos temen á los blancos y que jamás vendrán á Barcelona los intrépidos soldados de Nogi.

—¿Qué no? dije en tono de zumba.

—El valor más indomable temería medirse con los Borgias de esta ciudad. Aquí todo está falsificado, hasta los políticos. Las emanaciones pestilenciales y las drogas venenosas llenan la capital, y si apuras un vaso de leche, eres hombre perdido. Ningun japonés comería el pan de estos ciudadanos y no hay un solo antropófago capaz de acercarse al Matadero. Todos estamos tísicos, y usted también, Albendare. Los envenenadores nos acechan y los médicos nos matan. Ayer fui testigo de una muerte pintoresca. Un jóven, hermoso como Vallés y Ribot, entró en el restaurant V. La melancolía de su semblante permitía columbrar funestos proyectos. En la primavera de su amor, y cuando aún podía ser diputado, una contrariedad fatal le impulsó al suicidio. Más valiente que el coronel Tachibane, pidió un biftek con patatas y...

—Y murió, interrumpí con voz ahogada.

—Murieron todos los que estaban en la mesa y yo me salvé por milagro.

Y Wild, después de pronunciar estas palabras, elevó al firmamento sus ojos de un azul americano y sin mancha, en los que se trasparenta la indomable audacia de los Stanley, de los grandes exploradores que viven rodeados de infinitos peligros en las ciudades del Continente blanco.

ALBENDARE.

EN FRANCIA



Poco garrote y mucho urbanidad.

ESPAÑA DISFRAZADA

España, la sin rival
nación que siempre ha brillado
por su valor sin igual,
hace años se ha disfrazado;
vive en pleno Carnaval.

Asombrando al mundo entero,
que elogió del pueblo ibero
la arrogancia y el teson,

hoy resulta que el leon
se ha convertido en cordero.

En eso te has convertido,
España, pues no has sabido
tus melenas sacudir,
y ahora, si quieres rugir,
lanzas al viento un balido.

Los que tu enojo temían

y en la lucha te veían
cual combatiente esforzado:
—¡Ha valido!—antes decían,
y ahora dicen:—¡Ha balado!

Todos los que te envidiaban
¡con cuánto placer verán
que ya tus triunfos acaban!
¡Si antes te *despellejaban*,
ahora te *deslanarán*!

Tras de la última campaña,
tu traje y tu porte extraña
y es tu porvenir funesto.
¡Vaya un disfraz que te han puesto!
¡Quién va á conocerte, España!

Está tu vida en un brete

y no habrá quien te respete,
ni quien ataje tu mal,
mientras que sea el bonete
distintivo nacional.

Te lamentas con razon
y no hallarás curacion
para tus dolencias raras,
sin otra renovacion...
de caretas y de caras

Llevas á la faz sujeta
una careta maldita
y ya nadie te respeta.
¡Lo malo es que la *careta*
va resultando *carita*!

JOSÉ RODA O

ARGUCIAS DE UN EMPRESARIO Ó LO QUE PUEDE EL INGENIO

Supongo yo que ni uno solo de mis lectores, y aun de los que no me lean, dejará de conocer de *visu* al señor don... no sé cuántos Guell, empresario del Granvía. Tal vez conviniera aquí recordar al público hacia dónde cae el teatro de que es empresario el señor don X... Guell, pues, á juzgar por las señas (señas mortales para el empresario y para el teatro), el respetable tiene olvidado el camino.

Pero vaya el público ó no vaya al malogrado teatro, es indudable que no hay un solo barcelonés que no recuerde la cara del señor Guell; ella es tal, que vista una vez no puede olvidarse nunca. De tal señor puede decirse en redondo que usa la cara más cara que conocemos; verdad que salta á la vista, pues de balde que se la hayan dado, ha de tenerse por cara y aun por carísima.

Aquí me apresuraré á decir que no apunto por capricho este detalle, pues sobre que soy poco dado á descubrir cosas feas; bien me hago cargo de que si don N... Guell lleva á diario su dificultosa cara, ó lo que sea, es por pura é imperiosa obligacion; que si en su mano estuviera, no andaría él por esas calles quitando hipos á puros sustos y atemorizando á infelices criaturas que ningun daño le han hecho.

Conste, pues, que recuerdo el físico del mal encarado y travieso empresario porque á ser menos su travesura y mejor su mala cara, no habría por qué contarles aquí el hecho que contar quiero.

Todos los periódicos han dicho que en el Granvía ha

trabajado, ya no recuerdo en qué días, el graciosísimo *Cónsul*. Los periódicos han mentido sin querer, falta que es muy disculpable en un país



—Me he pasado el diade luto. Ya ve usted qué casualidad. Dos actos fúnebres en un día. He tenido que acompañar al cementerio el cadáver de Mengáñez y he tenido que ir á darle el pésame á una viuda.

—¿A la viuda de quién?

—A la de Mengáñez.

POR MOR DE LAS ELECCIONES

donde tantos mienten á sabiendas.

Yo no voy al teatro de que es empresario Güell, porque no siendo, á Dios gracias, filósofo pernicioso ni poeta melencólico, no gusto de andar caviloso y aburrido por los sitios solitarios. Menos aun fui al mortecino teatro la noche en que, al decir de los carteles, había de hacer su sensacional presentación el inteligente *Cónsul*; no fui porque, patriota ante todo, no quise correr el riesgo de ver con mis propios ojos que un mono que no es de aquí—grave é irremediable delito—era celebrado y aplaudido en aquellas mismas tablas donde tan estérilmente han gesticulado y hecho cien mil monadas de gusto muy simpáticos actores en nuestro suelo nacidos y á nuestros pechos criados, que esto basta á dar idea de su crianza.

Pero el no haber ido en tal noche al Granvía no ha sido obstáculo para que yo sepa de balde la verdad de lo ocurrido, al paso que los que fueron, y hasta pagaron la entrada, continúan embaucados y embaucados seguirían á no hallarme yo dispuesto á descubrirles en secreto lo que en secreto también acaba de referirme un gacetillero amigo mío, á quien, como es natural (y si no es natural es cómodo y, sobre todo, corriente), dejamos toda la responsabilidad de la noticia, que, si no saliera cierta, es, al menos, verosímil. Hela aquí:

Cónsul no ha trabajado en el Granvía. Cierto que hubo tratos y contratos con el hombre que tiene el orangutan ó con el orangutan que tiene al hombre, que en parejas como ésta no es posible



—Venía, señora, por si quería usted recordarle al ministro lo de mi destino.

—Ahora, hijo, no puede ser. Espere á que pasemos del periodo.

precisar quién lleva y quién es llevado; hubo contratos, repito; pero estaba de Dios que los empresarios de Barcelona no se entendieran con *Cónsul*, y así como á la Empresa de Novedades, que estaba esperando el mono, sólo le dieron un mico, mico le dieron también al señor don Z... Güell.

Y á éste fué con agravantes, puesto que, como no se le avisó, dejáronle hacer el reclamo á *Cónsul* y hasta anunciar el *debut*. Llegó la noche fijada para tal solemnidad, se esperó á *Cónsul*... y *Cónsul* no pareció. ¿Por qué causa? Esto es lo que se preguntaban con asombro todos los que co-

nocían la formalidad que el *cua drumano* tenía hasta entonces demostrada como artista, como orangutan y como *Cónsul*. Los maliciosos decían—¡qué no dirá un malicioso!—que aquella falta no era otra cosa que orgullo muy disculpable del orangutan, quien sabiendo á última hora á qué teatro se le traía se negaba formal y resueltamente á trabajar en el mismo escenario donde la graciosa (!) Julia Gomez había pateado sus insupportables *panaderos*, donde la Monterde había enseñado... lo que la Monterde enseña, y sobre todo donde, según aciagos pronósticos, comprobados luego, como todas las desgracias, había de representarse en breve *El Cristo Moderno* del señor Fola Iturbide.

Otros dijeron... ¡Pero quién hace caso de lo que se dice!...

El hecho, el verdadero hecho es que *Consul* no llegaba y que el *debut* estaba anunciado. Figúrense los lectores lo

EL TEATRO EN ACCION



La alegría que pasa

que esto significaba para el burlado empresario, quien en sus infinitas idas y venidas á la hasta entonces abandonada taquilla, comprobaba que aquel día vendíase algún billete.

La noche avanzaba con vertiginosa rapidez, ó así al menos se le figuraba al desesperado Güell, y *Consul* sin parecer...

¿Qué hacer?... ¿Cómo arreglar el conflicto?... ¿Decirle la verdad al público?... ¡Desatino!... ¡Cosa desusada en el teatro, donde todo debe ser intrigas, enredos, mentiras, farsas!...

Además, decir la verdad equivalía á un enorme sacrificio, puesto que sería preciso devolver el valor de las entradas, y un empresario que se estime en algo primero se deja ahorcar (¡y fuera lástima que se ahorcara un empresario!) que volver una peseta. Por otra parte, ¿creería el público lo que se le dijera? ¿Qué público cree ya en palabras de empresarios?

¿Qué hacer ¡Dios mío! qué hacer?... Repitiéndose incesantemente esta pregunta iba Güell de un lado á otro, sin dar con la solución. En uno de estos paseos del caviloso empresario, fué éste á dar cabo en el cuarto de uno de los cómicos, que, evidenciando una modestia plausible, se habían avenido á formar parte del cuadro de que el esperado orangutan debía ser la primera é indiscutible figura... Preciso será advertir á los que gustan de dar tormento á lo escrito, que en esta aclaración no ha de verse dañina intención ni fisga, que no fuera *Consul* el primer orangutan que dirigiendo compañías hemos visto.

Entró, como llevo dicho, el señor Güell en el cuarto del actor, y, sin saber lo que se hacía (cosa en él muy comprensible, dada su azarosa agitación y su perturbadora impaciencia), maquinalmente fué á encararse con el espejo, mueble indispensable en aquel sitio, como si quisiera pedir consejo á su propia imagen, que la mediocre luna reflejaba favorecida, que fiel ni empeorada fuera imposible.

Y ¡vive Dios! que fué peregrina idea... Llega, se encara, mírase, remira, da un grito y sale corriendo.

—¡Ya está! ¡ya está!—gritaba precipitándose hacia el guardarropa del teatro...

No con más júbilo debió de pronunciar Arquímedes su celeberrimo *jeureka!* exclamación que, por más lacónica y expresiva, hubiera repetido el regocijado Güell á tener noticia remota de la existencia de Arquímedes ó del sentido de la ya vulgar palabra.

Pero si nuestro empresario no supo decir *jeureka!* no por eso dejó de exteriorizar su alegría á su manera, y esto con tal entusiasmo que todos cuantos le vieron diéronse cuenta de que algo bueno le ocurría.

—¿Ha llegado *Consul*?—le preguntaron.

—No, no; pero es lo mismo; tengo una idea.

Los que escuchaban á Güell le miraron con asombro; ¡el empresario tenía una idea!... Figúrense mis lectores lo que es una idea en tales casos.

—Sí, tengo una idea.—insistía—*¡Consul soy yo!*

Los que antes le contemplaron con asombro, miráronle ahora con lástima y exclamaron:

—Este pobre empresario (ó viceversa, que no sé cómo lo dijeron) se ha vuelto loco.

Pero Güell no oía ya á nadie, y, dominado por aquella su idea única y salvadora, siguió diciendo:

—Acabo de verme en un espejo, he recordado la cara de *Consul* y no hay grande diferencia.

Los oyentes del ingenioso empresario cambiaron una mirada de inteligencia y de recíproco reproche. ¿Cómo no lo habían visto antes?... ¿Cómo no habían atinado ellos con aquella solución que creían adivinar?

—¡Que empiece la orquesta!... ¡co!... ¡ca!... ¡reco!... ¡reca!... rugía Güell, que al verse salvado recobraba súbitamente sus despóticas maneras y sus bruscos ademanes. Este pobrete empresario tiene el defecto de las gentes de carácter débil; cuando están caídas no aciertan á moverse sino encorvándose ó á rastras; mas si se alzan cuatro dedos, y ellas tienen por alzarse estar al frente de un mal barracon de feria, ahuecan la voz, hablan recio y se hacen rudas é insoportables.

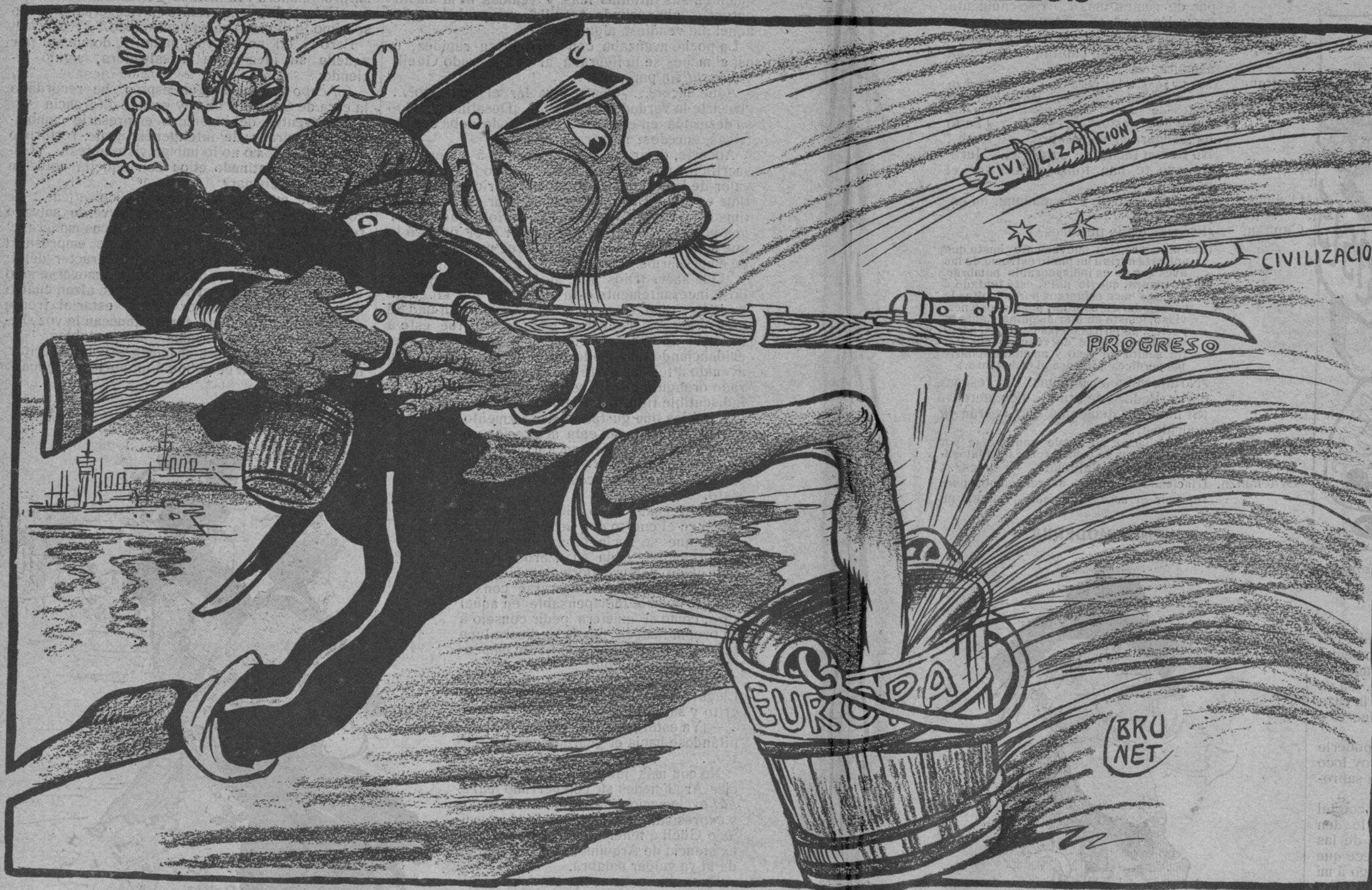
—Pero ¿no toca esa orquesta?—volvió á gritar, dando de paso un empujón á un portero, delicado

Las mamás



—¡Pero mamá, si yo no le quiero!
 —¿Y eso qué importa? Es hijo único y su padre es muy rico.
 —Sí; pero su padre es viudo y puede volver á casarse.
 —¡Ah, es verdad! Tienes razón.... Efectivamente.... Mira, valdrá más que te cases con el padre.

EL AVANCE DE LOS AMARILLOS



A este paso no tardará en meterse dentro

modo de indicarle que fuese á avisar al director, que D. Y... Güell se iba atufando.

Y esto diciendo y haciendo, metióse en la primera caja, donde en un periquete vistióse abgarrado levitín, anudóse al cuello corbata descomunal, asíó de un baston y en la cabeza calzóse un ridículo sombrero... digo calzóse porque en ciertos hombres no es grande la diferencia entre la cabeza y piés.

Cuando todo estuvo á punto, tocó la orquesta,

avisó el timbre, se alzó el telon y salió *Consul*, quise decir, salió Güell.

El público no conoció el engaño, si bien á no pocos les pareció que aquel *Cónsul* era más feo que el que en otro teatro habían visto. Lo que sí causó un efecto deplorable fué la desmaña con que el cuadrumano se movía sin acertar á hacer cosa que digna de aplauso fuera. En una palabra, que no gustó el espectáculo y el nuevo *Cónsul* hubo de retirarse amostazado y mohino, y amos-

tazado y mohino tambien, retiróse luego el público

Ya saben, pues, mis lectores por qué ha fracasado aquí el célebre orangutan que ha gustado en otras partes.

Esta es la historia tal como me la han referido; yo la quiero dar al público, sin quitar punto ni coma, porque, admirador de Güell, no he de tener ca-

llado el solo rasgo que sé de su peregrino ingenio Pero ya he dicho que la curiosa noticia ha llegado á mí por conducto de un *reporter* y que, como es de justicia, estoy dispuesto á rectificar, si se me hubiera engañado, cosa que es muy de temer en quien de inventar infundios vive.

J. DE ARAGON

Para dos perdices, dos

DIALOGO.. POCO EDIFICANTE HASTA CIERTO PUNTO

Lugar de la accion: El cuarto de banderas de un cuartel de artillería á primeras horas de la mañana

PERSONAJES

El capitán. El ordenanza

ESCENA I

Capitan. ¡Cien bombas!.. Ni tendría ya que decírtelo. ¿No recuerdas, *gaznápiro*?.. Cada día te vuelves más estúpido. ¡Te mando á la batería como no acabes con tus tontadas!.. Ayer.. ¿qué hiciste ayer, eh, *majagranzas*?.. La carta dirigida á mi mujer se la diste á Paquita, y viceversa.. ¡Rayos y truenos!.. Ya esto solo merece un mes de calabozo. ¿Un mes?.. Todo el tiempo que te queda de servicio. (Mirándole con cierta curiosidad) ¡Cuidado que eres animal!.. ¿Has oído?.. ¡Animal!

Ordenanza. Mi capitán, muchas gracias

Capitan. ¡Baja esa mano!.. No hay que cuadrarse por un cumplido... ¡Ea!... como te portes bien hoy, nada de lo dicho. ¿Oyes? El par de perdices.. ¿Llevas dinero?

Ordenanza. Tengo, todavía, mi capitán.

Capitan. ¿Y recuerdas bien lo que te dije?

Ordenanza. Recuerdo bien todavía, mi capitán

Capitan. ¿Y serás tan imbécil?..

Ordenanza. Lo seré todavía, mi capitán

Capitan. ¿Cómo?..

Ordenanza. Digo... ¡no!.. no señor...

Capitan. El par de perdices... Pero frescas ¿lo oyes?... A ver, si consigo comer mi plato favorito. y á ver si consigo desasnarte... Le dices al de la pollería que como vuelva á darte otro par de momias lo pagais tú y él ¡Cien bombas!... Ea, lárgate ya, y rápido.

(Sale el ordenanza)

EL CARNAVAL DE DON RAIMUNDO



Por todas partes encuentra la misma mascarita.

ESCENA II

Capitan. ¡Diablo con el recomendado del coronel! .. Yo no he visto corcho semejante... Tres días seguidos tirando el dinero... ¡Le ven tan bruto!... Ya va siendo guasita... Le endosan la caza pasada, como quien echa el muerto á un bendito. .

De guardia, y ni siquiera poderle dar gusto al estómago... Yo soy loco por las perdices.. ¡Están tan sabrosas con coles!..

Le perdono lo de las cartas con tal de que consiga, al fin, que le den unas perdices frescas... ¡Lo de las cartas! .. El muy zopenco parece que lo hiciera adrede. ¿Qué le digo á mi mujer?.. Está hecha una furia... Pero, en fin, por guerra más ó menos ..

Y la otra.. ¡Bah! La otra no hará caso... Y si hace caso, peor para ella. Media vuelta á la izquierda y .. ¡marchen!... Despues de todo, en el amor no hay tanta gloria como dicen. Prefiero la mesa.. No cambio un buen plato por un buen palmito... Al menos á la hora de comer... Es más práctico, y meños expuesto, y ..

ESCENA III

(Aparece el ordenanza con un par de perdices.)

Ordenanza. Me han costado un par de reales más que ayer, mi capitan.

Capitan (Mirándole con cierta desconfianza.) ¿Un par de reales más?... Eso aumenta como los cambios .. ¡A ver, trae!..

Ordenanza. (Entregándole la caza con cierto temor.) Están frescas, mi capitan.. Me lo ha asegurado el hombre...

Capitan. (Mira y remira las perdices. El ordenanza va observando todos los movimientos y gestos de su jefe. Este, por fin, hace una mueca de disgusto) ¿Frescas?... ¿Te lo ha asegurado el hombre?... ¡Jem!... No tienen facha de católicas. Juraría que te han tomado otra vez el pelo...

Ordenanza. Voy rasurado de esta mañana, mi capitan...

Capitan. ¿Frescas estas perdices?

(Las mira y remira nuevamente, hasta que aplica la nariz á un punto extremo de las aves que no es indispensable nombrar. El ordenanza, que lo nota, está tentado á la risa y hace esfuerzos por no soltar la carcajada. El capitan, poniéndose nervioso, insiste en oler maquinalmente la parte... peligrosa de las perdices, acentuándose el gesto de repugnancia. Por fin suelta un taco y amenaza echarle las perdices á la cara al ordenanza.)

¿No dije yo? ¡cien bombas!.. ¿Frescas, eh?.. ¡Pedazo de atun!... ¡Zoquete!... ¡Si huelen á demonios!... ¡Si están ya podridas!...

(El ordenanza no puede contenerse por más tiempo y se echa á reir escandalosamente.) ¿Te ríes, animal?.. ¿Te ríes?..

Ordenanza. (Haciendo esfuerzos sobrehumanos para reprimir el acceso de risa.) ¡Toma, mi

BOHEMIA MODERNA



Un Apeles

capitan!... ¡Ya lo creo que así no encontrará caza buena!

Capitan (Furioso) ¿Por qué, pedazo de bruto, por qué? ..

Ordenanza. Porque... si me oliera á mí por el punto *mesmo* por donde huele las perdices... tambien diria que yo estoy *pasao!*... ¡Je, je, je!!...

(El capitan le mira á lo primero con el ceño fruncido; luego tira las perdices al suelo, pierde la formalidad y se echa tambien á reir, desapareciendo por una puerta cualquiera.)
Telon rápido.

DIEGO DE DIA.

HABLANDO DE LA BODA



—Sería la realizacion de mi sueño dorado. ¡Debe tener una energia y un desarrollo! Ya ves, siempre de caza... Se ha pasado la vida entre conejos.

¡AGUA VA!

¡Memento homo! La Cuaresma ha entrado y con ella el imperio del pescado; porque, como sabeis, en la comida la carne está prohibida.

Mas como á mí el pescado no me agrada y no voy á vivir sin comer nada,

BOHEMIA MODERNA



Un Mozart.

procedimientos adoptando nuevos, que recomiendo á todos mis hermanos, principalmente á los republicanos, me pienso alimentar sólo con huevos.

* *

Nuestros lectores no sabrán quizás que ha muerto Clavarana. ¿Quién era Clavarana? Pues un señor de Orihuela, director de *La Lectura Popular*, la hoja más insulsa que ha pasado por la imprenta. Y, sin embargo, la Prensa nea llama á Clavarana *esclavido personaje y gloria española*.

Aquí viene bien aquello del estudiante: A cualquier cosa llaman chocolate las patronas.

* *

Los periódicos andan estos dias muy atareados hablando de Ligas contra el duelo y piden la extincion del desafío.

Nos parece que pierden el tiempo, porque nunca faltará quien dé *sablazos*.

* * *

En Sevilla está la gente revuelta porque este año no salen las procesiones.

Cosa que á los andaluces no les cabe en la cabeza y á nosotros sí, porque hace tiempo estamos convencidos que la mejor procesion, tanto en el orden social como político, es la que anda por dentro.

* *

De Cifuentes (Guadalajara) ha desaparecido un ermitaño que acaba de heredar de su padre, á quien no conocía, cuatro millones de pesetas.

Y el gobernador y las autoridades le buscan *sin cesar*, pues les extraña mucho esta desaparicion.

A nosotros lo que nos extrañaría es que con *cuatro millones* de pesetas se hubiera quedado en la ermita.

Que es habitacion muy *aireada* para un millonario.

* *

Homenaje á Echegaray.
El novio de la criada del dramaturgo á quien quieren

festejar esta semana ha querido demostrar su entusiasmo por los dramas de don José y ha matado, dándole un tiro, á su dama; luego él se ha pegado otro y así ha dejado probada su adhesión al homenaje que está organizando España.

**

Los genios dejan siempre marcada la huella de sus manos en las obras que dirigen.

Lo digo porque estoy mirando *El Noticiero* y, como siempre que sobre él paso mi vista (todo lo menos que puedo), me hace el efecto, por su aspecto amazacotado, regular, sin nada saliente, *plano*, de una calle recién adoquinada.

Del ex-picapedrero la huella muestra siempre *El Noticiero*.

**

Ya han empezado las corridas.

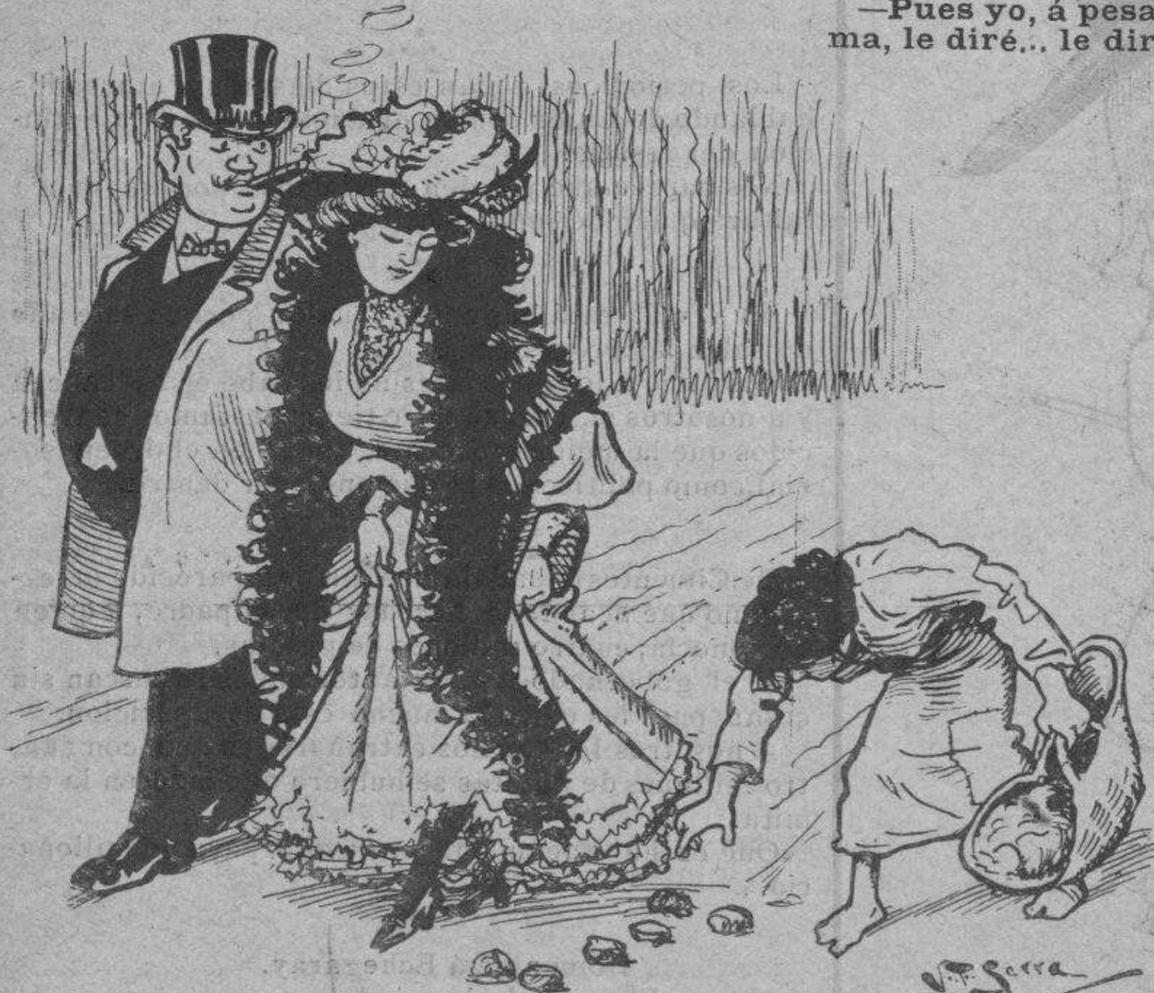
La primera se celebró en la calle de Aribau, actuando de lidiadores los vecinos de aquella vía, que persiguieron á un toro negro zaino, forastero, mal criado y de bastantes libras. El animal, que estaba en celo, salía de una casa donde se había metido en querencia de unas hembras.

Antes de que los toreros pudieran rematar la suerte echóse al ruedo el presidente Nel-lo con la guardia municipal y se acabó la función, quedando la bestia encerrada en un chiquero del Municipio.

Muchas veces la autoridad no está á la altura de sus deberes.

Y á propósito de este espectáculo: ¿dónde se habían metido los críticos taurómacos de la Prensa que no dieron ni señales de vida? Ningun diario publicó la revista.

Y es, sin duda, porque el bicho pertenece á una



—¡Qué cochina! ¿A que me mancha el vestido?

DE CUARESMA



—A mí no me importa que llegue la Cuaresma. Hace mucho tiempo que renuncié á la carne.

—Pues yo, á pesar de mi edad y de la Cuaresma, le diré... le diré que... me gusta promiscuar.

ganadería que respetan mucho los devotos de todo linaje.

**

CORRESPONDENCIAS DE "EL GURIPA,"

Madrid 7 Marzo 905.

M'alegraré que al recibo *ecetera*. Bueno. Pues ese *gachó* de Morote nos ha *colocao* en el *Heraldo* quince ó veinte columnas de esa prosa suya que pesa, que pesa como si cada letra fuera un *Batatita*. Yo no he leído ni una línea. Créo que no habrá que jurarlo.

Pero *miá* que el tío es *pelma*. ¡La Poliana!

Gracias á que ya hasta Cárdenas, que es el último que se entera de *tóo*, está al cabo de la calle en eso de los *corresponsales especiales*.

Y sabe que cuando aquello de que Morote entró hasta el cuartel general *insurreto* y estuvo hablando con Máximo Gomez, hubo muchos que dijeron



Combes.—He aquí mi equipaje. Eso me ha bastado para viajar con toda felicidad. Pero te aconsejo desconfíes de los pickpockets negros; los conocerás por el bonete.

que *tú* aquello habían sido sueños de la ardiente imaginación del corresponsal, que estuvo *duermes* en un catre de tijera en la Habana, porque hasta andar por la calle le hacía pánico.

Y ¡vaya *usted* á ver! ¿A que ese Tolstoi con que ha *hablao* don Luis es algún mendigo ruso que se ha *dejao* la barba por *mor* de los quince del peluquero?

Pero por un si acaso, el socio, que es un vivo (á ese lo he *tañao* yo) arrima el ascua á su arenque.

Y dice que de lo único de que se ha *enterao* el mendigo, digo, Tolstoi, de lo que pasa por España es de lo de los *latifundios* de Canalejas.

Pero ¡qué vivo! ¡La Yasnaia!

¡Milagro que no ha dicho que Tolstoi leía *toas* las noches los fondos del *Heraldo*...!

Aquel cronista respetable (quizás el único) que se llamó Blasco vivía siempre á lo grande en el extranjero y fué débil y habló algunas veces de grandes duques, de príncipes, de emperadores...

Desde entonces, pero ¡que no *pué* ser! ¿Va un corresponsal á cualquier parte? Pues, ya se sabe, *tié* que tropezar de manos á boca con un duque de los más grandes, comer con un emperador y hospedarse en los grandes hoteles...

¡*Miá* tú! ¡Esos pobres percebes que los mandan de viaje á dos velas, pidiendo el pasaje gratis á las Compañías, con dos mudas y un par de cuarterones de *picao*...! ¡Pues *tién* que ajustar pocas cuentas si se las quieren echar de pillines con una grisetá de lance...!

La Epoca, nada menos que la respetable y aristocrática *Epoca*, mandó á uno de esos detrás de un ministro *pa* que le diera jabon. Y el pobre *corresponsal especial* anduvo de la Ceca á la Meca, de la córte á la Mancha, de la Mancha á la córte, de allí á la pintoresca Galicia y de Galicia á Madrid, y Valdeiglesias le largó muy orondo una gratificación de... ¡veinte y cinco *pelas*!

Si llega aquel *gachó* á hablar de visitas y

de comidas y de excursiones...! hay que darle en la cara!...

Dice *El Correo Catalan* que Jaimito ha desempeñado algunas misiones de importancia para los rusos fingiéndose corresponsal italiano.

¿Y lo del octavo no mentir?

Verdad es que, despues de todo, nada más natural que el fingimiento en un carcatólico.

Dicen de Madrid:

“Un chico que, saltando por las tapias de la Real Casa de Campo, entró en uno de los cotos de aquella posesion, fué sorprendido por un guarda, que le disparó un tiro, hiriéndole en los órganos genitales...”

A cualquiera se le ocurre entrar en tales sitios con esas cosas.

El martes á un cura quisieron lynchar. No sé por qué al pobre lo tratan así, despues de que á Cristo quería imitar: — ¡Dejad que las *niñas* se acerquen á mí!

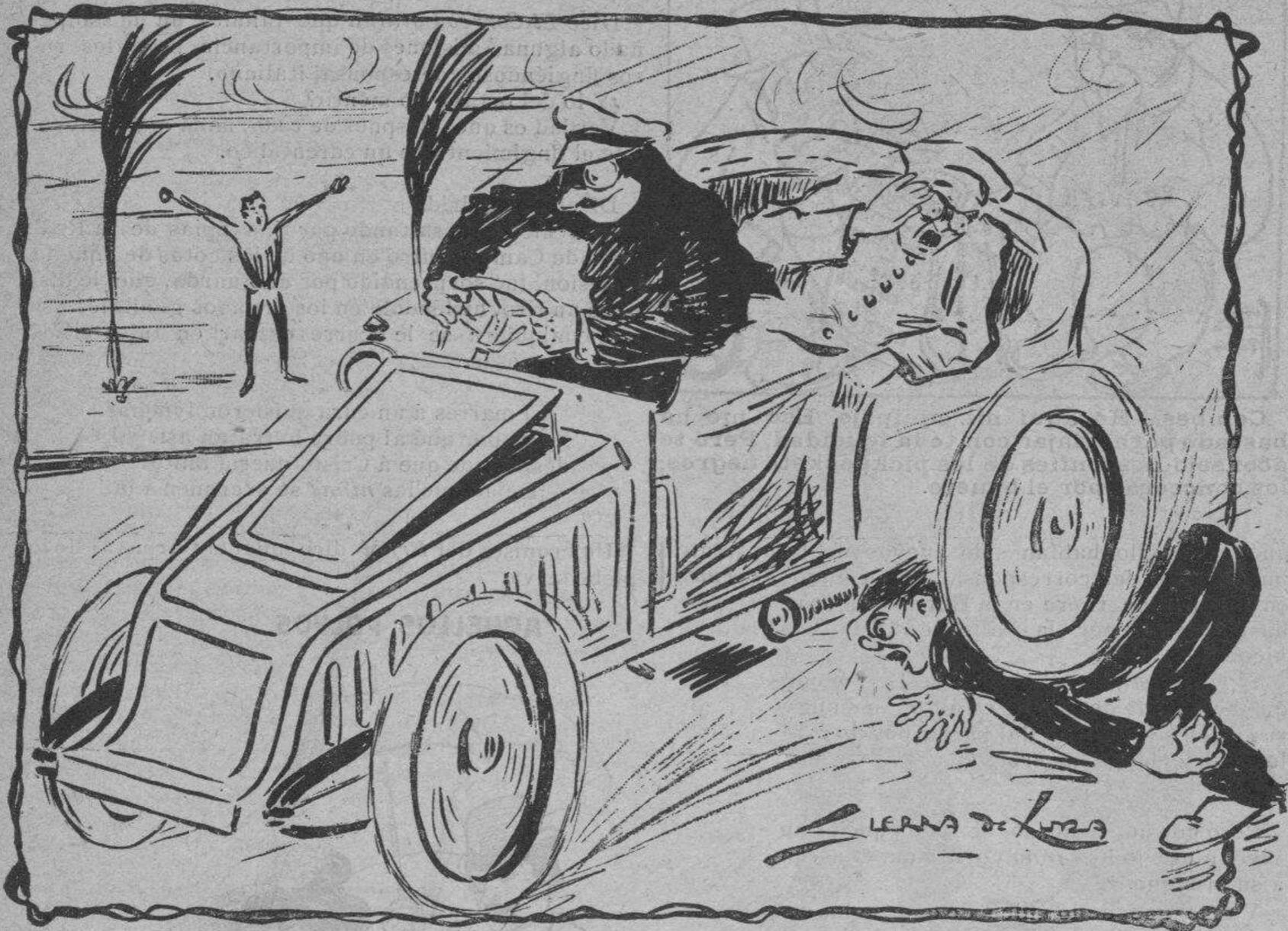
Un cronista del *Brusi* dice que el Carnaval de la plebe se va.

AQUELLOS POLVOS...



—Voy á ver si consigo volver del revés el refran.

Automovilismo



—¡Cómo ha puesto el coche de sangre! ¿Ve usted, señorito, como hubiera sido mejor pintarlo de rojo?...

En cambio la aristocracia se mantiene en Carnaval perpétuo.

Con sus fingimientos constantes, sus chillones disfraces que llama uniformes muchas veces, sus caras embadurnadas por cosméticos y afeites y hasta con trueque de sexos y todo.

∴

El Correo Catalan hablando de San Juan de Dios: "El tiempo de su juventud lo empleó guardando ovejas..."

El cronista no dice si se le fueron alguna vez, y sigue:

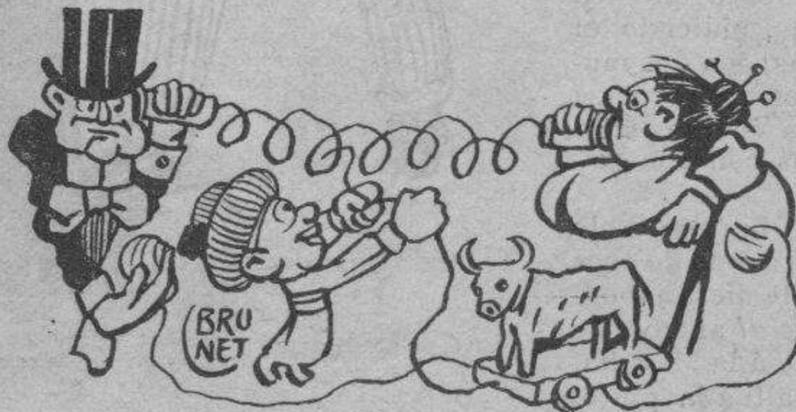
"...no rehusaba asistir á los pobres más asquerosos.."

Pero ¿es que pueden ser asquerosos los pobres para los caritativos católicos?

"...sus buenos oficios no los ejecutaba sino para servir á Dios en sus prójimos.."

¿En los prójimos de Dios?

La gloria conseguirán, por pacientes, los lectores de *El Correo Catalan*.





CHARADAS

(De Pascual Bernó Sanchez)

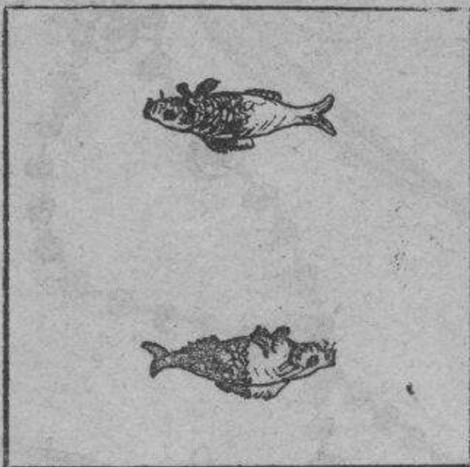
Siempre que voy á una cuarta
me doy mucha dos y cuatro;
si "ella," un prima dos tres tiene,
por complacerla me afano,
que, aunque todo, yo la quiero
y soy su rendido esclavo.

(De Comenencias)

Mi primera es una letra,
nota musical la dos,
dos tres por fútil motivo
casi siempre el bravucon.
Mi todo, la gente alegre
se pone, si está de humor,
y muchas en estos dias
has visto, caro lector.

ROMPE CABEZAS

(De Francisco Masjuan Prats.)



Hé aquí dos peces de distinto color. Dóblese el cuadro de suerte que de los dos peces solo quede uno blanco enteramente ó bien uno todo negro.

PROBLEMA

(De Francisco Masjuan Prats)

Cuatro industriales formaron compañía para especular con la corta de un pinar, conviniendo con el dueño en entregarle 21,600 duros por la cesion, por terceras partes, verificando el primer pago al principio del negocio, el segundo doce meses despues y el tercero transcurrido otro año.

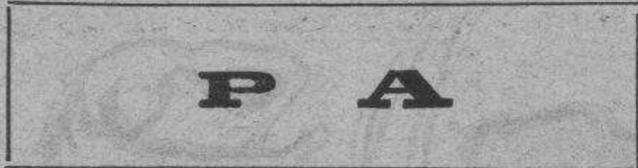
Al fin de cada año los fondos aumentaron 1/3 más de los que quedaban despues de hecho el respectivo pago. A los tres años liquidó la Sociedad y encontró que había duplicado los fondos que tenía al principio del primer año. Dicha cantidad se la repartieron, recibiendo uno de ellos 1/2 más que los otros y otro socio 1/8 más que los restantes.

¿Cuál era el capital primitivo, cuál la cantidad repartida y cuánto recibió cada socio?

FRASE HECHA



JEROGLÍFICO COMPRIMIDO



SOLUCIONES DEL NÚMERO ANTERIOR

Á LA CHARADA
Palmotear

AL ROMPE CABEZAS



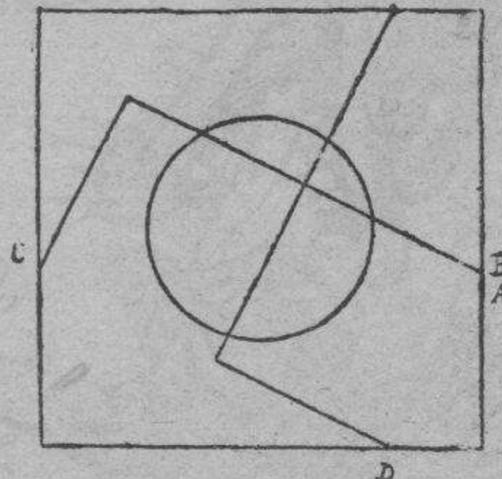
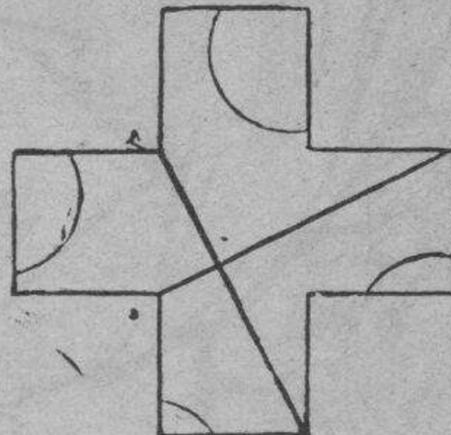
A LA CHARADA EN ACCION
Llenaba

A LOS PROBLEMAS ARITMÉTICOS

El pariente recibió 463,650 ptas; el Asilo 355,320; el Hospital, 473,760; la Escuela 88,830 y la Caja de Ahorros 118,440.

Los dos números son: 18 y 124.

AL PROBLEMA GEOMÉTRICO



Han enviado soluciones.—A la charada: Elisa Puig, J. Maspons, M. Rosich y «Rumbós».
Al problema geométrico: Antonia Salló.

Inp. de EL PRINCIPADO, Eseudillers Blancs, 3 bis, bajo

ENTRADA TRIUNFAL DE LA CUARESMA



El cura:—Para tí, bruja, ¿eso que comes; que á mí ya me alimentan bien los tontos.